

## HISTORIAS DE EUROPA

Josep Fontana

Es legítimo pensar en términos de una «historia de Europa»? Para empezar ¿qué es Europa? No es un territorio claramente definido, sino una península de la gran masa euroasiática, que nunca ha tenido unas fronteras precisas tierra adentro; su población se ha formado aglutinando una serie de oleadas de invasores que han llegado a sus tierras desde el norte de África, desde el Oriente Próximo o desde Asia Central. La propia cultura europea tiene sus orígenes en el Oriente Próximo, de donde ha recibido conocimientos tan fundamentales como los de la agricultura, la urbanización y la escritura, y se ha enriquecido en la Edad Media con las aportaciones de la ciencia islámica, entre las cuales hay que contar la transmisión del sistema numérico que usamos —al que denominamos numeración arábiga, en contraste con la romana, que sería la propiamente europea— sin el cual los progresos de la ciencia moderna hubieran sido hartamente difíciles (¿imagina alguien una física cuántica con numeración romana?). Europa es, por definición, un continente mestizo.

Nadie había pensado seriamente, en el pasado, que una historia de Europa fuese un proyecto viable. Ha sido la realidad actual de la Unión Europea la que ha suscitado la búsqueda de unas raíces comunes, como un argumento para legitimar una entidad medio vacía aún de contenidos sociales o culturales propios. Pero ¿cómo escribir la historia de un espacio que no cuenta con una historia común previa? La práctica usual suele ser la de considerar que su historia es la suma de las historias individuales de los Estados que integran hoy el mapa del continente, lo cual es engañoso y la reduce a una genealogía de los Estados actuales. Esta falacia «estadística» obliga a los historiadores a trabajar a partir de los marcos políticos actuales, artificialmente proyectados hacia atrás, ignorando deliberadamente que las fronteras «étnicas» de nuestros días son el resultado de siglos de guerras, de migraciones forzadas, de expulsiones y de operaciones de limpieza y

genocidio cultural, que se han agudizado en el siglo XX. Valga, si no, el ejemplo de una Yugoslavia integrada y desintegrada en el transcurso de setenta y cinco años; hace apenas veinticinco años habríamos considerado lógico hablar de la Yugoslavia medieval; hoy esto carece de sentido. En estos marcos estatales la historia debe referirse sobre todo, por fuerza, a los reyes y los jefes de gobierno, dejando a un lado a la mayor parte de los habitantes del continente, los campesinos y las capas populares urbanas, que no suelen aparecer en sus relatos más que en momentos de crisis o de catástrofes.

La única historia de Europa legítima sería, por el contrario, la que nos hablase de cómo se establecieron las relaciones entre los habitantes de los diversos espacios del continente a lo largo del tiempo. Barry Cunliffe ha publicado una ambiciosa revisión de la historia antigua y medieval europea<sup>1</sup> que sostiene que hay una Europa atlántica que va de Islandia a Gibraltar, pasando por Galicia, donde milenios de vida frente al océano habrían dado lugar a que «celtas, bretones y gallegos tuviesen una relación más estrecha con sus vecinos marítimos que con sus coterráneos ingleses, franceses o españoles». La existencia de un «mundo atlántico» todavía más extenso, que abarca las costas de Europa, de África y de América, se nos aparece en ese libro provocativo y ambicioso, y por ello mismo silenciado por la crítica académica, de Linebaugh y Rediker, cuyo contenido aparece bien descrito por su subtítulo: «Marinos, esclavos, plebeyos y la historia oculta del Atlántico revolucionario»<sup>2</sup>. Algo semejante sucede en el Mediterráneo, donde Peregrin Horden y Nicholas Purcell han publicado el primer volumen de lo que pretende ser la historia de tres mil años de vida en común de europeos, asiáticos y africanos<sup>3</sup>.

Frente a tantos estudios sobre los inexistentes Estados europeos en las épocas medieval o moderna, apenas tenemos unos pocos que nos hablen de las migraciones, de

las rutas de comercio que unían el Báltico con el mar Negro, de los caminos seguidos por los disidentes religiosos (que pueden explicar que los lolardos ingleses perseguidos se refugiaban en Bohemia e influyesen en los husitas checos), de fenómenos culturales tan trascendentes como los derivados de la dispersión de los sefardíes expulsados de la Península Ibérica, de la convivencia de los pastores por encima de las fronteras políticas, de los recorridos de los buhoneros por todos los caminos del continente, de la comunidad de los hombres de mar y de tantas otras actividades y relaciones colectivas que establecieron lazos de unión y propiciaron aproximaciones culturales muchos siglos antes de que los gobernantes inventaran la unidad europea desde arriba. Me parece, por ello, que hay una historia de Europa posible, entendiendo el término en el sentido de «historia de los europeos», pero que, salvo por lo que se refiere al siglo XX, en que la trayectoria del continente toma una obligada dimensión colectiva porque está dominada por las dos guerras mundiales y sus secuelas, esta historia está todavía por escribir.

Hablemos, en contrapartida, de la historia «oficial» de esa Europa más o menos unida, dejando a un lado la que se reduce a una suma de las de los Estados actuales. Lo más curioso tal vez sea el hecho de que esta historia —cuyos antedecedentes no pueden remontarse más allá de 1648, con la Paz de Westfalia, que es la primera ocasión en que el colectivo de los gobernantes habla en términos civiles y no como Cristiandad— comienza con una mentira, con el mito del Congreso de Viena de 1814-1815, del que se suele decir que fue la primera de las reuniones internacionales de la época contemporánea, que estableció un sistema de solución de los problemas por acuerdos internacionales —el llamado «sistema de los congresos»— que tendría su continuación natural en la Sociedad de Naciones y en la ONU. Es verdad que el Congreso

fue la primera reunión de este tipo que se hizo en nombre de las potencias europeas, lo que dio lugar a que apareciera el primer himno de Europa que, sorprendentemente, parece haber sido pasado por alto en las celebraciones actuales: Beethoven compuso expresamente para un concierto destinado a los congresistas una cantata que se titula «El momento glorioso», que exalta la unión de las potencias. Se estrenó el 29 de noviembre de 1814, junto con «La batalla de Vitoria», y el público estalló en aclamaciones cuando el coro cantaba, refiriéndose a la ciudad de Viena, «cuanto la Tierra tiene de alto y sublime se ha reunido dentro de mis muros».

El mito del Congreso de Viena comenzó a elaborarse, significativamente, en los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, presentándolo como una reunión que tenía como objetivo esencial establecer el equilibrio de las potencias y que consiguió concretar un sistema de relaciones internacionales que mantendría la paz en Europa durante un siglo. De lo que se trataba, simplemente, como ha vuelto a ocurrir tantas otras veces después, era de usar este mito para legitimar proyectos políticos contemporáneos. El primer estudio histórico serio sobre el Congreso, el que publicó Webster en 1919, estaba pensado para que sirviese de guía a la delegación británica que iba a la conferencia de paz de París en que debían fijarse las condiciones que los vencedores de la Primera Guerra Mundial impondrían a los vencidos. Harold Nicolson publicó en 1946 otro estudio sobre el Congreso de Viena con el significativo subtítulo de *Un estudio sobre la unidad aliada* y en el mismo año Jacques-Henri Pirenne publicada en Suiza otro titulado *La Santa Alianza, organización europea de la paz mundial*. Se estaba en plena efervescencia por el nacimiento de la ONU y los dos buscaban en Viena los precedentes históricos de la nueva organización internacional. La instrumentalización que de esta historia hizo Henry Kissinger

Aymara. Quintanilla



en 1957 en su libro *Un mundo restaurado: Metternich, Castle-reagh y los problemas de la paz* es muy distinta, ya que lo que reivindicaba no era ya el Congreso, sino la actuación de Metternich como policía internacional, modelo evidente de su visión del papel de los Estados Unidos a fines del siglo XX, que inspiró su propia actuación como responsable de la política exterior de Nixon.

La persistencia del mito resulta sorprendente. Por estas mismas fechas, a comienzos de los noventa, el historiador a quien se considera como la mayor autoridad en el conocimiento de la política internacional de comienzos del siglo XIX, Paul Schroeder, afirmaba que ésta fue «la primera y única vez en la historia de Europa en que los estadistas se reunieron para construir un sistema internacional pacífico después de una gran guerra y alcanzaron éxito», contraponiéndolo a lo que él consideraba los dos fracasos de 1919 y 1945, en que dos grandes guerras habían acabado en una situación de conflicto continuado<sup>4</sup>.

Pero ¿qué fue el Congreso de Viena en realidad? Lo habían convocado ocho países: las cuatro potencias vencedoras (Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia), los tres aliados menores (España, Portugal y Suecia), más Francia, que era la gran derrotada. Lo que se hizo fue repartir los temas en comisiones, de forma que se dejaban los asuntos menores a las potencias secundarias, mientras los importantes los discutían las cuatro potencias vencedoras y Francia. Se llegó a crear un total de diez comisiones, que discutían temas como el comercio de esclavos, la navegación en los ríos internacionales o las reglas de protocolo, lo que permitía que Suecia, Portugal y España se hicieran la ilusión de que participaban. Pero lo realmente importante, lo que implicaba los arreglos territoriales en Alemania, Polonia, Holanda, Italia, Suiza, etc., eso lo discutieron los cinco grandes a puerta cerrada, sin dejar a

los demás, no ya que participasen, sino ni tan siquiera que se enterasen de lo que debatían. Los grandes decidieron, además, que no iba a haber ninguna reunión plenaria en que se discutiesen las cuestiones. Se creó una comisión para la redacción del acta final, que contenía 121 puntos, de los cuales nada menos que 107 se referían a cuestiones de límites territoriales, mientras que tan sólo 14 versaban sobre todo lo que se había debatido en las otras comisiones: esto es, sobre temas como la abolición del comercio de esclavos (que, por cierto, siguió prosperando en los años siguientes como si nada).

Cuando estuvo concluida el acta se invitó, más bien podría decirse que se conminó, a las potencias menores a que la firmasen, tras habérsela leído por encima (no todos los artículos, porque no todos estaban traducidos). Firmaron las ocho potencias (mayores y menores) por orden alfabético y, si bien España se negó en principio a hacerlo —por cuanto les habían quitado a los Borbones el territorio de Parma para dárselo a la esposa de Napoleón, María Luisa— a nadie le importó, ya que se sabía que no tendría más remedio que resignarse. La verdad es que lo que hubo en Viena no fue un congreso, sino unas reuniones a puerta cerrada de las cinco grandes potencias. Y en cuanto a eso del sistema de congresos que determinaba que las potencias se reunirían siempre que hubiese asuntos importantes a tratar, no duró más que diez años y decidió poca cosa.

En 1878 un nuevo congreso internacional, esta vez en Berlín, volvió a reunir a las mismas cinco grandes potencias (sólo que ahora Prusia era ya el Imperio alemán), más Italia, Turquía y algún Estado menor para poner orden en los Balcanes (con el éxito consiguiente, puesto que, como se sabe, sigue sin haber orden en los Balcanes hoy, al cabo de 126 años). Seis años más tarde hubo una reunión más seria,

Mayte. Quintanilla



también en Berlín, aunque ésta no haya merecido el nombre de congreso, sino sólo el de «conferencia». Se convocaba, según se dice en su acta, «para favorecer el desarrollo del comercio y la civilización en algunas regiones de África y asegurar a todos los pueblos la libre navegación por los ríos Níger y Congo». De lo que se trataba, en realidad, era de repartirse África más o menos pacíficamente. Así se dibujó el mapa de África según los acuerdos negociados entre las potencias europeas, sin ninguna consideración por las realidades étnicas del continente.

Después, la próxima reunión de este tipo la celebraron en París, en 1919, los vencedores de la Primera Guerra Mundial para, una vez más, como en Viena un siglo antes, arreglar el mapa de Europa. Los protagonistas eran un «consejo de los cinco», integrado por los representantes de Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Italia y Japón —las cinco potencias vencedoras; y es curioso ver cómo se repite, desde Viena, este número de cinco, que será también el de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU con derecho a veto—, pero pronto quedaron tan sólo tres, porque a los japoneses no les importaba Europa y los italianos pasaron pronto de la faena, en vista de que no iban a darles lo que reclamaban.

Keynes nos ha hablado de estos políticos andando a gatas sobre grandes mapas de Europa decidiendo las nuevas fronteras de territorios de los que el día antes ni siquiera sabían que existiesen, con aberraciones como castigar a Hungría, que perdió dos tercios de su territorio y tres cuartas partes de su población y premiar a Rumanía (que recibió un pedazo de Hungría mayor que todo el territorio que se dejaba a los húngaros) por méritos que aún hoy resultan inexplicables. Para asegurar la paz se creó una Sociedad de Naciones que resultó inoperante,

porque no tenía capacidad alguna para intervenir en defensa de la paz: sólo podía aplicar «sanciones económicas». El resultado fue que no se pudo hacer nada para evitar que Japón invadiera Manchuria ni que la Italia de Mussolini masacrara a los etíopes. Y a los veinte años justos de la Conferencia de París tuvimos una segunda guerra mundial. Pero ésta, como se ve, no era ya una reunión «europea» sino mundial, como lo sería la siguiente, la conferencia de San Francisco de la que iba a surgir, al término de la Segunda Guerra Mundial, la Organización de Naciones Unidas<sup>5</sup>.

¿Y de la unión europea, qué? Hasta 1939 las ideas de unión no pasaban de elucubraciones de escaso contenido práctico, como las del conde Coudenhove-Kalergi y su Movimiento Pan-europeo en los años veinte o las de Aristide Briand en 1929. En 1940, cuando el gobierno francés, derrotado por los alemanes, se preparaba para rendirse, los ingleses le propusieron una unión de los dos países con una especie de constitución federal, pero los franceses no se dejaron convencer. El paso más avanzado en esta dirección fue el acuerdo de los gobiernos de Bélgica, Holanda y Luxemburgo en el exilio, que en 1944 decidieron que iban a formar una unión aduanera, con el nombre de Benelux.

Al final de la Segunda Guerra Mundial se presentaron grandes proyectos de unidad, con muchos festivales y grandes discursos, que llevaron a actos como la celebración, en 1948, en La Haya, de un Congreso de Europa al que asistieron 750 políticos, entre ellos Spaak, De Gasperi, Schuman, Churchill, Adenauer y un joven Mitterrand. Un acontecimiento con mucha retórica pero sin más realización práctica que la creación en 1949 de un Consejo de

Cynthia Quintanilla





Europa que estaba integrado por un Comité de Ministros y una Asamblea consultiva que iban a hacer bien poca cosa.

Los orígenes de la Unión Europea, de la organización de que formamos parte, no tienen nada que ver ni con el Congreso de Viena, ni con los movimientos paneuropeos del período entre las dos guerras mundiales, ni con este Consejo de Europa al que acabo de referirme, sino que surgieron de iniciativas de carácter económico mucho más modestas. En su origen está el proyecto de Jean Monnet que, conociendo el deseo que británicos y norteamericanos tenían de favorecer la reconstrucción industrial de la Alemania occidental, para poder contar con este país como un aliado en la Guerra Fría, propuso que se coordinase la producción de acero y de carbón de la Europa occidental en un sistema dirigido por instituciones comunes. Esta idea se expuso en el Plan Schuman de 1950 y cuajó en la CECA, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, integrada por seis naciones (Francia, Alemania Federal, Italia y las tres del Benelux), que comenzó a funcionar en 1952 y que fue seguida en 1957 por la firma del Tratado de Roma que creaba la Comisión Económica Europea, destinada a crear un Mercado Común entre estos mismos seis países, mediante la abolición de las tarifas aduaneras entre los Estados miembros y la creación de otras comunes entre éstos y los del exterior. Pero tal vez el paso más importante fuese el que se produjo en 1962, con la creación de la PAC, la Política Agraria Comunitaria, que establecía precios mínimos protegidos para los agricultores y que dio lugar en pocos años a una enorme sobreproducción de carne, leche, vino o trigo, que obligó a cambiar el modelo por otro de subsidios y de limitación de las cantidades producidas.

De unión política, poca cosa. El ejemplo de De Gaulle puede mostrar lo que se ha ventilado entre sus dirigentes en momentos clave de la construcción de Europa. La Comunidad, en su formación original, estaba dominada políticamente por Francia, y De Gaulle se proponía utilizar su posición en ella para establecer la supremacía francesa en el continente. De modo que cuando los británicos, que hasta entonces se habían mantenido al margen de la Comunidad, porque la consideraban incompatible con la relación que mantenían con los países de la Commonwealth, descubrieron que estaban exportando más a la Comunidad Europea que a su antiguo imperio y decidieron pedir la entrada, con el atractivo adicional de llevar con ellos a los países europeos de la Asociación de Libre Comercio (EFTA), De Gaulle se opuso frontalmente a ello. En primer lugar porque esto amenazaba su posición en la Comunidad. Como le dijo un ministro francés a un político británico, los seis eran hasta entonces cinco gallinas y un gallo; si se dejaba entrar a Gran Bretaña con los países que se habían asociado a ella, habría algunas gallina más, pero también dos gallos.

Pero no fue sólo por eso. De Gaulle se oponía a la entrada de los británicos porque consideraba que eran algo así como el caballo de Troya con el que los norteamericanos se proponían penetrar en la Comunidad para controlarla (lo cual, por otra parte, era verdad) y no se fiaba de ellos. Lo demostró muy pronto tomando distancias respecto de la OTAN y el resultado fue que, como hoy sabemos, la CIA alentó las actividades de quienes se oponían a De Gaulle. En 1961 tuvo lugar el levantamiento de la OAS en Argelia, dirigido por dos generales franceses que se sabía que estaban en contacto con los norteamericanos. Hacía tan sólo unos días que había tenido lugar el fracasado intento de la CIA contra la Cuba castrista, con el

Nyurka. Quintanilla



desembarco en Bahía Cochinos. Era lógico que los franceses temiesen que éste era también otro golpe de la CIA y el embajador norteamericano en París, desesperado, no tuvo otra ocurrencia que despertar a De Gaulle a media noche para comunicarle el ofrecimiento de Kennedy de proporcionarle apoyo militar americano contra los rebeldes de la OAS. De Gaulle lo rechazó y se sintió ofendido por ese intento de Kennedy de actuar como su protector. Mientras tanto la CIA, equivocándose como tantas otras veces, aseguraba que De Gaulle tenía las horas contadas ante el malestar de los militares por su propósito de abandonar Argelia: «Estará acabado —decían— probablemente antes de fin de año, o depuesto o asesinado. Una atmósfera prerrevolucionaria domina en Francia»<sup>6</sup>.

Por si no lo habían estropeado bastante, completaron la jugada al año siguiente, en 1962, cuando un desertor del KGB, Anatoli Golytsin, exagerando sus conocimientos reales para darse importancia, les dijo a los norteamericanos que los rusos tenían un infiltrado en un lugar clave del gobierno francés, que era conocido como Sapphire (de donde salió, pocos años después, la película de Hitchcock «Topaz», cambiando el nombre de la piedra preciosa, de zafiro a topacio). El resultado fue que Kennedy le envió un aviso personal a De Gaulle, a la vez que la CIA reclutaba al representante de los servicios secretos franceses en Washington, para que trabajase para los americanos en la lucha contra la supuesta infiltración comunista en el gobierno francés. Todo lo cual, como era previsible, acentuaría la irritación de De Gaulle, que tomó pretexto del hecho de que los norteamericanos les habían vendido el sistema de misiles Polaris a los británicos, mientras se negaban a proporcionárselo a los franceses, para convocar una rueda de prensa en la que dijo que el asunto de los Polaris demostraba que los ingleses tenían una relación especial con los norteamericanos, y que para no correr el riesgo de que su entrada dejase a la Comunidad en dependencia de los norteamericanos, se proponía vetarla<sup>7</sup>.

No se trata de que De Gaulle fuesen «europeísta» en ningún sentido válido de la palabra. Como es sabido quería una «Europa de las patrias» sin interferencias federales. De modo que cuando los otros cinco, y en especial Holanda y Alemania, quisieron que se diesen más atribuciones al Parlamento Europeo, condicionando a ello la continuación de la Política Agraria Comunitaria, de la que en estos momentos se beneficiaba ante todo Francia, los franceses dejaron de asistir a las reuniones de la Comunidad y dieron lugar con ello a la llamada «crisis de la silla vacía», lo que impidió que se pasase del sistema de voto por unanimidad a otro de resoluciones tomadas por mayoría, que debía ponerse en marcha en 1966. De Gaulle no quería tampoco que las gallinas se impusieran al gallo.

No es mi propósito seguir con la historia de la Unión Europea. Mi única intención al comentar estos episodios es la de mostrar que, más allá de los arreglos económicos, nunca ha habido gran cosa más en las negociaciones que los pactos por el reparto del poder entre los dirigentes de los diversos Estados. Muy poco que tenga que ver con la suerte común de los ciudadanos europeos. Por ahora Europa sigue siendo un mito, como lo ha sido desde sus orígenes, y no es extraño que sus pretendidos constructores se acojan a fábulas tan vacías de contenido como la del Congreso de Viena, porque no tienen, en realidad, nada sustancial en que basarse. En 1815 podía ser que los ciudadanos de Viena se engañasen lo suficiente como para dejarse entusiasmar por el espectáculo del congreso; en el año 2004, por el contrario, los sucesores de aquellos congresistas, los ministros de los países de la Unión, necesitan, cuando quieren reunirse, movilizar las fuerzas de policía y poner rejas y barreras para que sus desengañados súbditos no los corran a pedradas.

Para que Europa sea algún día una realidad política que vaya más allá de su actual situación, será necesario que sus ciudadanos tengan en este proyecto un protagonismo que hasta hoy no han tenido y que nadie parece preocuparse por darles. Hasta ahora esta historia no es más que una historia de engaños, mitos y fabulaciones. Para fundamentar un nuevo concepto de Europa necesitamos hacerlo a partir de una nueva historia de los europeos, como la que al principio he planteado, que no nos hable tan sólo de los Congresos y de los tratados, sino también, y sobre todo, de los problemas, trabajos y aspiraciones de los hombres y mujeres de Europa.

## Notas

<sup>1</sup> Barry W. CUNLIFFE, *Facing the Ocean. The Atlantic world and its peoples, 8000 BC-AD 1500*. Oxford, Oxford University Press, 2001.

<sup>2</sup> Peter LINEBAUGH & Marcus REDIKER, *The many-headed hydra. The hidden history of the revolutionary Atlantic*. Londres; Verso, 2000.

<sup>3</sup> Peregrine HORDEN & Nicholas PURCEEL, *The corrupting sea. A study of Mediterranean history*. Oxford, Blackwell, 2000; véase también John WANSBROUGH, *Lingua franca in the Mediterranean*. Richmond; Curzon Press, 1996.

<sup>4</sup> Paul W. SCHROEDER, «Did the Vienna settlement rest on a balance of power?», *American Historical Review*, 97, 3, pp. 683-706, cita de p. 705 y *The transformation of European politics, 1763-1845*. Oxford, Clarendon Press, 1994 (junio 1992).

<sup>5</sup> Un estudio reciente, *Act of creation. The founding of the United Nations*, de Stephen C. SCHLESINGER (Boulder, Westview, 2003) nos ha venido a descubrir el oscuro trasfondo de la Conferencia de San Francisco.

<sup>6</sup> Richard J. ALDRICH, *The hidden hand. Britain, America and cold war secret intelligence*. Londres, John Murray, 2001, p. 615.

<sup>7</sup> Pierre MAILLARD, *De Gaulle et le problème allemand. Les leçons d'un grand dessein*. París, Guibert, 2001/2, pp. 181-185.